





Después de 400 años de esclavitud, los israelitas salieron de Egipto, y comenzaron a caminar hacia la libertad, guiados por Moisés. Pero al poco tiempo de la salida, el faraón, arrepentido de haberlos dejado salir, decidió enviar a su poderoso ejército para perseguirlos y obligarlos a regresar. Todo parecía estar perdido para los israelitas. Al llegar al mar Rojo, vieron cortado su camino: por delante, las aguas inmensas que les impedían el paso; por detrás, los carros del faraón con todo su ejército. Pero Moisés confiaba en Dios, y sabía que Él intervendría para salvarlos. Levantó sus manos al cielo y un viento impetuoso comenzó a soplar. Las aguas del mar Rojo se abrieron y dejaron un camino por donde pudieron pasar los israelitas, hasta alcanzar la otra orilla. Cuando el ejército del faraón intentó cruzar por el mismo lado, el viento dejó de soplar, y las aguas volvieron a su lugar, arrastrando a los soldados, sus armas y sus carros poderosos.

Este fue el éxodo del pueblo judío: un pueblo pequeño e indefenso que se salvó de los poderosos que lo esclavizaban, por la ayuda poderosa de Dios que los hizo "salir" y "pasar" a la libertad, a una vida nueva.



¿Qué tiene en común la Pascua judía y la eucaristía? Averigüalo en la actividad La

# El éxodo

## y la Alianza del Sinaí

Muchas fueron las dificultades que encontraron los israelitas en el desierto, a lo largo de los 40 años de marcha: el cansancio, la sed y el hambre, las disputas y rivalidades, la falta de esperanza... Muchas veces a lo largo del camino, los israelitas se arrepintieron de haber salido de Egipto: "¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos hasta hartarnos!". Y le reprochaban a Moisés que los había conducido al desierto para matarlos de hambre.

Una y otra vez, Moisés tuvo que interceder ante Dios, llevándole las quejas de su pueblo. Y el Señor, cada vez, respondió con amor, haciéndoles ver que su cuidado y protección no los abandonaba: en los días calurosos, los hacía marchar protegidos por una nube; en la noche oscura los guiaba poniendo delante de la marcha una columna de fuego, si desfallecían de sed, hacía brotar un manantial de agua de una roca, si el hambre los castigaba, mandaba una plaga de codornices para que pudieran cazar, o hacía llover un pan del cielo, llamado *maná*.

Cuando llegaron al pie del monte Sinaí, Dios invitó a su pueblo a sellar una Alianza con Él, un pacto de amor definitivo e irrevocable: Moisés subió a la montaña a encontrarse con Dios. Y Dios le dijo: "Habla en estos términos y anuncia este mensaje a los israelitas: Ustedes han visto cómo los saqué de Egipto, y cómo los conduje sobre alas de águila y los traje hasta mí. Ahora, si escuchan mi voz y observan mi Alianza, serán mi propiedad exclusiva entre todos los pueblos, porque toda la tierra me pertenece. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación que me está consagrada".

Moisés fue a convocar a los ancianos de los israelitas y les expuso todas estas palabras. El pueblo respondió unánimemente: "Estamos decididos a poner en práctica todo lo que ha dicho el Señor". Y Moisés comunicó al Señor la respuesta del pueblo (cf. Ex 19, 3-8).

Como signo de esta Alianza, Dios entregó a Moisés dos tablas de piedra, en donde estaban escritos los **10 mandamientos**, o el decálogo de la Alianza. Esta Alianza celebrada en el Sinaí, fue un acontecimiento fundamental en la historia de Israel, que lo hizo nacer como nación, que lo constituyó como pueblo. Moisés levantó un altar para sacrificar un animal y dar gracias a Dios por la Alianza. Derramó una parte de la **sangre** del sacrificio sobre el altar, y con la otra parte roció al pueblo reunido, para significar la unión definitiva que desde ese momento los ligaba a Dios: “Esta es la sangre de la Alianza que el Señor ahora hace con ustedes...” (cf. Ex 24, 8).

